

## Sin miedos, a la batalla cultural

Los últimos meses de este 2014 parecieran destinados a llenarse con pronósticos oscuros. Las voces disconformes con la marcha del gobierno nacional han acentuado las repercusiones negativas hacia el país de la fuerte embestida de los “fondos buitres”. No puede negarse que a nivel internacional los grupos concentrados del poder económico mundial han pretendido instalar una lección para el resto de los países dependientes. Fue positiva la resolución de la ONU que decidió por amplia mayoría mecanismos de preservación de la soberanía de los países miembros. También los pronunciamientos solidarios de los países de la UNASUR. Desde lo político son gestos que necesitan reforzarse. En lo interno sólo la oposición que representa esos intereses pudo hablar de acatamiento ciego a las decisiones judiciales de jurisdicción extranjera. No es un viejo juez norteamericano el problema, sino la docencia sobre el sometimiento que exigen los intereses poderosos. Algunos opositores al gobierno han confundido desaciertos y manejos políticos no exentos de soberbia con vocación y destino de soberanía. Es probable que en lo económico puedan aceptarse otros caminos, pero el árbol no puede ocultar el bosque. La conducta de los grupos económicos no

es muy diferente a la que adoptaron en la gestión del presidente Raúl Alfonsín, logrando desestabilizarlo con la hiperinflación que obligó la entrega anticipada del gobierno. No se puede desligar el crecimiento de la inflación con esos movimientos de la macroeconomía, aunque la situación política sea diferente y no sea pronosticable la desestabilización. Pero no es bueno jugar con fuego. La violencia social tiene expresiones propias de una sociedad fracturada. Que los grandes medios hagan centro en estas cuestiones, mostrando casi en forma exclusiva este tipo de noticias, sin duda contribuye a generalizar el “miedo” por la inseguridad, que repliega los comportamientos comunitarios y el nivel de la conciencia solidaria. Las respuestas gubernamentales, tanto a nivel nacional como en las provincias, se ha concentrado en la acentuación de la “mano dura”, que reclama buena parte de esa sociedad “atemorizada” asumiendo un discurso que excluye y descalifica políticas sociales de inclusión. Aún reconociendo y valorando la existencia de muchos esfuerzos colectivos de organización popular y búsqueda de consolidación de medidas económico-sociales inclusivas, lo dominante, o lo que al menos sobresale en la escena pública, son las sobreactuaciones mediáticas del Secre-



tario de Seguridad de la Nación, Sergio Berni, la instalación como Secretario de Seguridad de la provincia de Buenos Aires del ex intendente Granados, que hizo méritos con esa política, al igual que las políticas policiales represivas que han incrementado los casos de “gatillo fácil” en Córdoba, Tucumán y otras provincias norteñas, sin que estas menciones impliquen un relevamiento exhaustivo. Nos quieren habitar a esta rehabilitación de la represión. Tal pareciera ser el objetivo de la reiteración de las imágenes de las torturas en Salta y de los “corralitos” de la policía del gobernador De La Sota en Córdoba, con el agravante aquí, como en Santa Fe, de la connivencia con el narcotráfico, a alto y bajo nivel.

A todo esto se le suman los intentos, nacionales y provinciales, de regla-

mentar la protesta social, en una perspectiva de agudización de conflictos por el deterioro de la situación económico-social, que como siempre tiene en los ya empobrecidos sus principales destinatarios, y abarcará también a los que en los últimos años lograron ingresar en el mundo laboral. La retractación económica, que simbólicamente se expresó en la medida gubernamental de mayor apertura para las importaciones, incrementó las suspensiones y despidos en la industria.

En este contexto también ha podido visibilizarse una dirigencia sindical demasiado acostumbrada a la aceptación de los hechos consumados, privilegiando su eterna durabilidad en el aprovechamiento de las estructuras sindicales por sobre una metodología de concientización, participación y

movilización de los trabajadores; en muchos casos por temor a los cuestionamientos a la excesiva complacencia con las patronales o a las medidas gubernamentales que han puesto límites al reparto de la torta. No pueden hacerse en este plano injustas generalizaciones, como en todo. Es probable que esto no suceda en los sindicatos más chicos, donde la relación de los dirigentes con sus afiliados es más directa, o existen mecanismos democráticos en los cuerpos de delegados para que así sea. Pero hay que reconocer que como resultado de la misma cultura neoliberal, y producto de aquella política menemista de absorción, mediante la “propiedad participada” o el “gerenciamiento de las obras sociales”, predomina un modo de ejercicio de la función distante de la democracia y renovación sindical. Esa desvirtuación se traslada a los trabajadores, cooptando su conciencia y reduciendo su participación a los “beneficios sociales”, en un aceptado clientelismo gremial.

En el septiembre que pasó se cumplieron cuarenta años del asesinato del dirigente sindical y ex vicegobernador de Córdoba Atilio López, en 1974, cuando el terrorismo de estado era ejercido por la tenebrosa “Triple A”, Alianza Anticomunista Argentina. En la memoria pública que pudimos hacerle destacamos su coherencia y fidelidad a los intereses de los trabajadores. Y esto, hasta el final. Porque además los representó en la política. Pero conjugar la justicia social con la liberación

no tenía redención. Por eso lo eliminaron. Su memoria no es para la fría placa de mármol que lo inmoviliza. Tiene sentido si sirve para revisar conductas y proponer cambios a los cambios negativos que perduran del neoliberalismo. Como lo viene expresando otro dirigente social de nuestro continente que acaba de ser elegido otra vez presidente de los bolivianos. Afirmar con vehemencia desde la máxima instancia del poder político la firme decisión de profundizar la liberación de toda dominación imperialista y proponerse modificar de raíz el sistema capitalista en pleno siglo XXI, como lo acaba de hacer Evo Morales ante la multitud que celebró su reelección, acerca y actualiza objetivos que algunos ven como “nostalgias del pasado” y otros desalientan para quedarse a mitad de camino. Se necesita claridad política para lograr avances en la construcción social que sostenga los cambios. Pero además convencimiento, voluntad, decisión y fidelidad a los intereses populares.

Esto no significa desconocer, en nuestro país, el enorme retroceso de las transformaciones neoliberales, que plantea la integralidad de la lucha política. Porque es distribución equitativa no sólo de la riqueza económica, sino de los bienes culturales arrebatados. En un proceso que es de triple movimiento: en lo político, la organización popular; en lo económico, mayor distribución; y en la conjugación de ambos la batalla cultural, que es resta-

blecer valores y modificar conductas individualistas, priorizando lo colectivo.

Han pasado más de diez años desde que el líder Fidel Castro dijo en Buenos Aires, cuando asumió la presidencia Néstor Kirchner, que asistíamos al entierro del neoliberalismo. Y ciertamente que avanzó y mucho en ese sentido. Especialmente en el reposicionamiento del estado para fuertes políticas sociales y distributivas. También en el hermanamiento con el destino latinoamericano. Fue sin duda su firme decisión lo que transformó las políticas de memoria, justicia y verdad en una realidad; con los juicios de lesa humanidad, ejemplo para el mundo. Las críticas a estilos de conducción y oportunismos, que se acentuaron en los últimos años, resultan menores ante la trascendencia de las transformaciones, que se han consolidado institucionalmente con leyes largamente esperadas. Señalar lo positivo, no nos exime de insistir en las oportunidades desaprovechadas en este largo período. Una es la deuda de una construcción política que esté asentada en las organizaciones populares, y no en los espacios de poder del estado, muchos de ellos usados de modo “clientelar”, lo que envicia el movimiento social, facilita la corrupción y retrasa el real protagonismo del pueblo. El manejo del aparato del estado, históricamente a favor de los poderosos, debe no sólo producir políticas “para el pueblo”, sino principalmente

para lo que ahora denominan “empoderamiento”, que sólo se logra si se facilita una construcción política sobre la base del protagonismo y la organización popular. Claro que para esto hay que creer en la necesidad de las transformaciones sociales; y actuar con generosidad, sin las mezquindades propias de las viejas prácticas de quienes se acostumbran a vivir de la política, del gremialismo, de las ONGs, usando la pobreza de la mayoría del pueblo y malversando los intereses de los trabajadores.

Los cambios culturales, las nuevas conductas, no se logran de un día para otro. Son procesos; más costosos aún, después de tanto “machaque” neoliberal. Pero debemos empezarlo alguna vez. En todos los niveles, en todos los espacios, en todos los sectores, en todas las regiones del país, en las diversas instituciones públicas y privadas. Sin esa profunda y persistente batalla cultural, no existirá la nueva política, ni el pueblo será alguna vez sujeto de su propia historia. Seguirá siendo “la gente”, a la que hay que ir a pedirle el voto cada dos años.

¿Estaremos tan lejos de comprender esta necesidad y asumir la responsabilidad que nos corresponda? Los niveles dirigenciales sin duda tienen una mayor cuota en este deber, por el rol referencial asignado por los respectivos sectores sociales. Y más aún, los dirigentes políticos que instalados en un lugar social de poder, pueden favo-

recer o perjudicar a las mayorías sufriendas de la sociedad.

Falta un año largo para las elecciones y las ofertas comienzan a presentarse. Las encuestas están a la orden del día para detectar el humor de los votantes. Y en base a eso inventar discursos y consignas. Es allí, en este terreno, donde fácilmente se percibe el retroceso cultural. El discurso acomodaticio de los dirigentes políticos, y también de los aprendices, poco ayuda para generar mayor conciencia de dignidad, de justicia social, de protagonismo popular. Menos son las acciones desde los estados (nacional, provinciales o municipales), los medios de comunicación o las instituciones educativas, sociales o económicas, que contribuyen a modificar la sensibilidad que se expresa en los comportamientos de los ciudadanos. Esta es la gran deuda de los treinta años de democracia. No son casuales las carencias de construcciones políticas sinceramente populares. Tampoco la persistencia de viejos andamiajes partidarios que se usan para usufructuar espacios institucionales por algún período, sin dejar buenos rastros para el pueblo. Se percibe un retroceso también en la conciencia política de la ciudadanía. Una nueva apatía pareciera esconder la frustración de tantos años de práctica democrática, que poco tiene que ver con la cotidianidad “del común”. El predominio de la cultura neoliberal de la salvación individual que aún arraiga con profundidad en los argentinos, hace hoy más

Los cambios culturales, las nuevas conductas, no se logran de un día para otro. Son procesos; más costosos aún, después de tanto “machaque” neoliberal. Pero debemos empezarlo alguna vez. En todos los niveles, en todos los espacios, en todos los sectores, en todas las regiones del país, en las diversas instituciones públicas y privadas.

---

potables los armados electorales cercanos a la “antipolítica” o sólo con discursos que se quieren oír, sin propuestas positivas de cambios que ciertamente exigen compromiso y participación.

La responsabilidad es mayor cuando se asume que no alcanzan las buenas intenciones ni los viejos y loables enunciados, que se repiten como “latiguillos” pero se muestran ineficaces a la hora de los resultados electorales; porque siguen carentes de esa imprescindible práctica militante que no le esquiva a meterse en el barro de las realidades concretas, siempre demandantes y mucho más complicadas que las consignas que se cantan en un acto o los prolijos proyectos de escritorio. Si para esto sirviera la memoria, honraríamos a los que nos precedieron.

**TL**

Luis Miguel Baronetto  
Córdoba, 11 de Octubre de 2014  
En el aniversario del martirio  
de Marta Juana González